

Historia

¿HACIA UNA TERCERA AMÉRICA?

¿Está en nacimiento una nueva América? Parece ser esta la reflexión e interrogante que plantea el proyecto de Federación de las Indias Británicas Occidentales. Londres recibirá a comienzos del presente año los representantes de ese mundo colonial británico del Caribe, que aquí han de decidir la aceptación del esquema federal que se les propone.

El solo nombre de nuestra América Latina señala un hecho diferenciador de dos culturas en nuestro Continente. Pero esa división, que podía pretender fijar si no exhaustivamente, al menos en esquema de importancia, el hecho histórico de América; parece que va a ser turbada para dar lugar a una tercera América. Una tercera América, porque la Federación Británica del Caribe como se le pretende llamar, es fundamentalmente diversa de la América Sajona a pesar de la similitud de lazos coloniales que les unieron primitivamente a una misma Corona.

3.023.063 de habitantes en unas 100.000 millas cuadradas, repartidos con barajada desigualdad sobre el Caribe y en medio de profundas desigualdades sociales y raciales. Tal será la Nueva América que tal vez nos toque ver nacer.

El solo hecho de que la población de origen indostánico llega a 400.000 habitantes, con porcentaje de hasta 50 por ciento en algunas regiones como la Guayana Británica y de que la población

blanca se reduce a un 3,33 por ciento del total, nos indica que el nuevo futuro Dominio británico del Caribe otorga estado político a una organización social diversa del resto de América.

Las dos posesiones continentales de la Federación: Guayana y Honduras Británica al avanzar en su autonomía política replantean un problema territorial irresuelto para Venezuela y Guatemala, a la par que alteran la distribución del Continente. E indudablemente, el mismo desarrollo político de las Islas Británicas Antillas habrá de ejercer su influencia sobre las Repúblicas Latinas de las Grandes Antillas.

¿Por qué ha de nacer?

Inmediatamente después de la guerra, Gran Bretaña hubo de ponerse en serio a recoser su Imperio. El aislamiento impuesto por la guerra y la necesaria cesión de bases a los Estados Unidos, influía poderosamente con tendencias nacionalistas en esta área de sus colonias. Así nació en plena guerra la Comisión del Caribe, primitivamente sólo anglo-americana y que luego recibió en su seno a Francia y Holanda como los otros miembros del Imperio Colonial del Caribe. La representación de las colonias en los Comités de las diversas conferencias les fué capacitando más y más. Pero Gran Bretaña veía en estos movimientos profundas fuerzas centrífugas que podrían llevarles no sólo a una escisión de Londres sino a un inhibicionismo individualista. El problema se había complicado además con la escasez de artículos alimenticios en unos territorios que se habían conservado en una posición de monocultivo y no podían ser atendidos por una metrópoli sitiada.

Pero no fué hasta 1947 cuando una acción decidida pudo adelantar algo. La idea de una Federación del Caribe se había agitado varias veces como solución al problema político de las Indias Occidentales. Pero las Colonias Británicas habían logrado cerrar el paso a esa idea. Sin embargo, para esa fecha el gobierno de Whitehall logró manobrar exitosamente hasta reunir en Jamaica la Conferencia de Montego Bay. Mas el éxito no pasó de allí; fuera de una declaración aérea de reconocer en principio el desideratum de una Federación y la fundación de un Comité que estudiara el camino para darle sentido a esa

unión, la Conferencia de Montego Bay fué un fracaso.

Un sistema colonial que centralizaba hacia la metrópoli la vida política y económica de esos territorios no podía cambiarse repentinamente, por la sola imposición de las necesidades económicas y políticas de Londres, y trasladar el centro de equilibrio y de unión a una de esas colonias. Mucho menos, si esa nueva Federación pretendía unir territorios geográficamente tan dispersos.

Los disturbios políticos de los últimos años presionaban sin embargo, más y más sobre el gobierno de Londres y de rebote activaron la obra del Comité ideado en Montego Bay: un presidente y un secretario británicos y 17 miembros elegidos en las Indias Británicas Occidentales. Ocho semanas de discusiones repartidas a lo largo de un año dieron su fruto para principios de 1950. El Standing Closer Association Comitee unánimemente recomendó la creación de la Federación Británica del Caribe con sede de Gobierno en Trinidad.

El poder legislativo de la nueva Federación se compondría de dos cámaras: Un Senado con Senadores nombrados en número de dos por cada una de las unidades principales y de uno por la minúscula isla de Montserrat. Y una Asamblea de 50 miembros elegidos por sufragio universal. El poder ejecutivo residiría en un gabinete de 14 miembros presididos por un Primer Ministro. Cada unidad conservaría completo control sobre su vida interna; de manera que los asuntos federales quedaran reducidos casi totalmente a la representación exterior, finanzas públicas, defensa y transportes inter-federales.

Un ensamblaje político de este tipo tan amplio ha sido el único posible para el Caribe; y aún así quizás se haya quedado largo. Es ya un síntoma el que Guayana Británica no hay firmado la Relación del Comité. Pero la raíz del problema está en los múltiples motivos que tienen las Legislaturas de estas colonias antillanas para poner reparos a la Federación.

Si Trinidad puede mirar a ella con satisfacción como un instrumento que le pone en sus manos el poder político de todo ese arco territorial con cabezas de puente en Centro y Sudamérica, Jamaica, Barbados, Guayana y Honduras Británica tienen más de una razón para

mostrarse reacios. Por ello se explican las reacciones de repudio que encuentra esa idea dentro de los mismos representantes políticos de esas Colonias.

La tercera América que quiere Londres no satisface a las Colonias.

El conjunto de esas cuatro unidades últimamente nombradas tienen una razón común frente a Trinidad: las cuatro islas antillanas de Barlovento y las tres de Sotavento que a su vez han de federarse pueden con razón apoyar la Federación y mirarla como un negocio; pero las partes continentales y menos Jamaica o Barbados pueden contemplarla con esos ojos. Esas islas hoy por hoy dependen de la ayuda británica; inmediatamente a la Federación el peso de su soporte económico gravitaría sin compensación sobre Barbados y Jamaica principalmente. Trinidad inicialmente industrializada compensa el peso que se añade, pues se crea el centro de suministro industrial del área total, como también del comercio y comunicación geográfica.

Más individualmente, cada una de las unidades tiene sus reparos que hacer a la proyectada Federación Británica del Caribe. Jamaica tiene temores de sus vecinos de Honduras Británica, que como habitantes de una región altamente indesarrollada tendría en Jamaica un centro de atracción emigratorio muy fuerte, con las consecuencias de competencia y sobrepoblación. Además contribuyendo con la mitad de la población de la nueva Federación cree invalorada su contribución en la centralización de la lejana Trinidad.

Honduras desde su postura británica teme a su vez una inundación de población desde Jamaica, contra la que existe más de un resquemor por razón principalmente de su mayor agresividad económica y social. Desde otro punto de vista Honduras tiene detrás de sí la restricción aprobatoria de Guatemala en la Carta de Río de Janeiro de 30 de agosto de 1947, amén de toda la carga histórica y afectiva que haya logrado desperstar Guatemala en su disputa armada.

A Guayana Británica por otra parte le preocupa la superpoblación de Barbados que se canalizaría fatalmente hacia su despoblado territorio. Pero sobre todo no dejan de atraerle con peso de fuerte gravitación las prédicas de un "destino continental" que le hacen lle-

gar algunos de sus líderes y el hecho de su posición geográfica. Más aún, sobre ella pesan otros dos factores diversos: Lo indefinido de su extensión territorial, colocado de nuevo sobre el tapete internacional por la declaración de Venezuela en la Conferencia de Cancilleres de Wáshington en el pasado mes de abril. Y la constitución compleja de su población que llega a contar hasta un 50 por ciento entre los de origen indostánico. Una posición de influencia de esta población indo-oriental que vendría a desaparecer sumergida como insignificante minoría en una Federación poblada mayoritariamente por habitantes de origen africano. Este hecho ha tenido especial relieve en la **Relación** publicada en el pasado mes de octubre por la nueva Comisión Redactora de la Constitución de la Guayana Británica. La inarmonía beligerante entre negros e indostánicos de Guayana ha constituido el principal obstáculo para fraguar una realización más sencilla que la de la Federación, como es el de un paso adelante en la autonomía guayanesa.

El primer elemento de inestabilidad de este telón político que acabamos de bosquejar, lo plantea el desequilibrio de población que va desde la superpoblación en exceso hasta la despoblación más alarmante. Pero, no menos sustancial es el problema económico originado por la preponderancia del monocultivo azucarero en estas zonas que las hace beligerantes mutuos en la competencia del mercado internacional.

Trenzados con todas estas animosidades se encuentran otros intereses políticos más subterráneos, como son los dos derroteros políticos en que caminan los líderes antillanos. Los así llamados "demagogo-fascistas" como Alexander Bustamante en Jamaica y Uriah Butter en Trinidad parece tienen más a un nacionalismo exaltado dentro de un marco laborista extremo. Mientras otros como Grantley Adams en Barbados y Norman Maley en Jamaica se encuadran dentro de una línea laborista más ortodoxa. Ambas tendencias tienen sus representantes en los diversos territorios.

A pesar de todos estos problemas el Colonial Office de Londres ha proseguido en su camino tratando siempre de manejarse entre telones. Se inhibe en el principal problema de la Federación, pero presiona sobre los Indo-Occidentales unificando el circulante monetario, por

medio de servicios comerciales unificados y sobre todo elaborando reformas constitucionales por cada territorio por separado.

Dentro de ese cuadro parecerá sorprendente que la moción que ha puesto la Federación del Caribe de nuevo en vías de realización haya partido de Jamaica, a pesar de sus reticencias anteriores. Pero, indiscutiblemente el hecho traerá sus consecuencias para hacerle cambiar de parecer a Barbados y Honduras y Guayana Británica. Especialmente en éstas que por Continentales y por constituir mucho más de las 2/3 parte de la plataforma territorial de la Federación y por su origen usurpatorio más reciente se manifiestan más reacias.

La Conferencia de Londres dirá lo que se logra. Que lógicamente será más que en Montego Bay, porque habrá más interés y presión por parte del Gobierno Británico y porque instintivamente los representantes de color que vengán a Londres han de sentirse por fuerza frente al cosmopolitismo europeo de la metrópoli más Indo-occidentales y menos individualizados como Guayaneses, Hondureños o Trinitarios.

Reflexiones

Demos por un hecho la cuestionable formación de la Federación Británica del Caribe y su evolución rápida a un estado político de Dominio y acerquémonos al fenómeno político en nuestro carácter de hispanoamericanos. El hecho histórico ofrece respuestas a muchas cavilaciones sobre nuestra historia de colonias españolas.

En primer lugar, el contrapeso del fruto de madurez político social de las colonizaciones española e inglesa. Si a muchos la diferencia de la América Sajona e Hispanoamérica, les ha hecho inclinarse en favor de la colonización inglesa, el resultado colonial de la fatura F. B. C. replantea el paralelo a una nueva luz. La colonización de Norteamérica se caracterizó por la eliminación del indio para dar lugar a un blanco que decidía trasladar su cultura y medios de vida a América. La española decidió no eliminar al indio, sino incorporarlo en una nueva organización social y política que había de ser diferente de España, porque iba a ser mestiza. La misión, la reducción, los pueblos de indios y los de españoles, la fuerza y la violen-

cia a veces lograron que el indio viviera en contacto con el español para hacer posible su incorporación social y racial. El resultado tenía que ser diverso en ambos métodos, como lo es de educar a un niño y lograr un injerto, del cambiar de residencia y trasplantar un árbol adulto. El resultado español había de ser más lento en primer lugar, más paciente frente a los variados reveses de sus tanteos pedagógicos y de la delicadísima biología de la fusión de dos razas diversas.

Pero en el medio geográfico que ocupa la actual colonización inglesa sobre el Caribe, el tiempo le impuso a Inglaterra una política diversa. Las acciones piratas que le dieron dominio sobre las actuales posesiones del Caribe se encontraron con el hecho consumado de una inicial colonización española. Esta había ya fijado un destino económico azucarero sobre las Antillas y había decidido la retorta racial con la importación negrera. Inglaterra que tan activa parte tenía en ese comercio esclavista decidió proseguir la misma política, que pretendía producir a bajo precio en un negocio que requería muchas manos, y más si el blanco de las neblinas inglesas se resistía a aclimatarse en los rigores tropicales.

Ciertamente el sistema colonial inglés determinado por el hecho tropical y el español impusieron aquí una colonización diferente de la que iba a prevalecer en las colonias norcontinentales inglesas. Y en verdad, a esta luz aparece el éxito colonial inglés ante todo mucho más cruel, de menos arrestos sociales y pedagógicos en la colonización y con menos sentido de lucha ante el medio.

Basta sólo poner los ojos en esta nueva F. B. C. para palpar en la maduración política cuatro siglos más tardía que en Hispanoamérica, los títulos mucho más dignos de España como nación colonizadora. El hecho del sentido nacionalista tan vivo en Puerto Rico y la existencia de una literatura borinqueña contrasta frente a la apatía con que enfocan su independencia las colonias inglesas del Caribe, conscientes de su pobreza de bagaje cultural con que se les quiere embarcar en la aventura de una Federación autonomista.

La explicación del hecho es clara, si se nota que es sólo en 1949 cuando se llega a crear en Jamaica con destino para todas las Indias Occidentales, el primer Colegio Universitario en misión de ser la futura Universidad Real. España al contrario, en 1538 a 46 años del descubrimiento abrió la primera Universidad en Santo Domingo y terminaba su carrera educadora en la aurora de la Independencia con 25 Universidades.

Otro factor explicatorio del fenómeno radica en la profunda diferenciación social que hace vivir a sus colonos el sistema colonial inglés. Anotamos arriba el hecho de lucha racial vivo, de la Guayana Británica, entre indostánicos y negros; pero entonces marginamos el problema del encuadramiento del indio autóctono. Sin embargo, la agudización del problema racial llega a su tope cuando con el binomio de pretendida igualdad se trata de establecer no entre las clases dominadas, sino entre éstas y el colonizador blanco.

El hecho hispanoamericano de nuestro mestizaje con una cultura católica en avance, multiplicado en 20 naciones que nacieron a la vida independiente hace siglo y medio nos habla de nuestro destino mejor. Si no queremos renegar de nuestros destinos con racismos ridículos y con miopías religiosas, hemos de mirar con optimismo creciente el que nuestro mestizaje bautizado en fe católica es un destino mejor. Nuestra abrumadora mayoría católica frente al 25 por ciento católico de la F. B. C. es un signo claro y convincente.

Destino que, por ser tal y por ser mejor nos exige gratitud para con el Dios autor de todo destino; pero que además nos invita a unirnos más en el momento en que nuestros hermanos de ayer llegan a la mayoría de edad. Casi ni los conocemos como hermanos, han cambiado tanto desde que la codicia nos los arrancó de nuestra casa! ¿Podríamos salvar para nuestra hermandad algo de ellos? Al fin y al cabo muchos de esos territorios compartieron con nosotros un mismo destino. Sin embargo, por lo que se ve, ellos van a vivir como una tercera América distinta de la nuestra.

HERMANN GONZALEZ, S. J.

Heythrop, (Inglaterra) noviembre, 1951.